

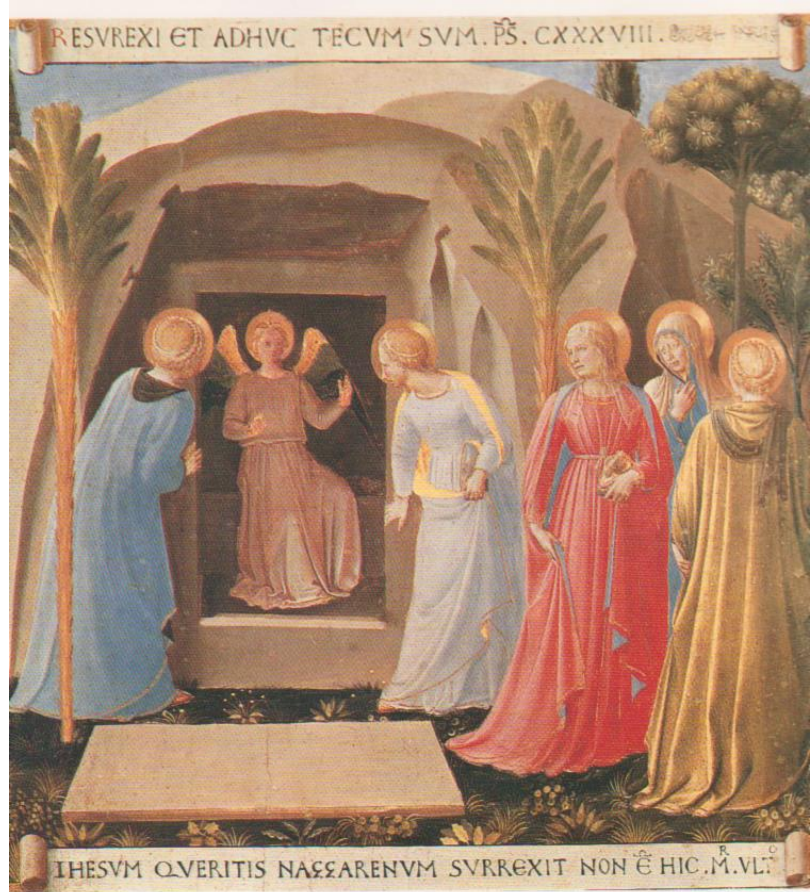
« “¡Ve y diles a mis hermanos!” – Las Dominicas y la Predicación » (Jn 20:15)

## Laicas Dominicas: Apóstoles en la misión compartida de la Predicación

*fr. David M. Kammler OP*

*Promotor general del Laicado Dominicano*

“Las Marías en el Sepulcro” - nuestro bienaventurado hermano Fray Angélico describe con lucidez en su pintura el comienzo del Capítulo 28 del Evangelio según san Mateo. Las mujeres - en contraste con la mayoría de los apóstoles varones - habiendo acompañado a Jesús en las últimas estaciones de la cruz, tras el Sábado, están visitando sin temor el lugar en el que el cuerpo muerto del Maestro amado había sido sepultado. Aturdidas, se miran en la oscuridad del sepulcro abierto. Las mujeres, como guardianes y protectoras de la vida, se atreven a mirar sin inmutarse en las zonas oscuras de nuestras condiciones humanas e incluso en el negro rostro de la muerte. Como un signo de esperanza indestructible, visten prendas de colores brillantes. Nada puede separarlas del amor de Cristo y su amor por él. El ángel se refiere a este esencial mensaje de Pascua más allá de todas las tumbas y experiencias humanas de oscuridad y tinieblas.



Poco después de esa experiencia abrumadora, son enviadas por Cristo resucitado a sus hermanos aún asustados y confundidos, recibiendo la vocación de convertirse en predicadoras de la Vida. ¿Puede haber una misión más explícita en el apostolado de la mujer que aquella asignada por el mismo Cristo?

Nuestro Maestro de la Orden, Fray Bruno Cadoré, en su mensaje al comienzo del año jubilar dominicano de 2012, ya ha hecho una reflexión profunda y alentadora sobre la mujer dominica y la evangelización. Se lo recomiendo a todas mis hermanas y hermanos laicos dominicos para una lectura e intercambio provechosos durante sus encuentros. Sin embargo, como ya lo he hecho en los últimos años de nuestro Jubileo Dominicano, quiero añadir algunas reflexiones personales sobre este tema con respecto a los miembros femeninos de la rama laical de la Orden de Predicadores. Relacionado con el aluvión de ideas acerca de qué compartir con vosotros, tuve dos sueños durante las noches.

El primero fue una alocada pesadilla. No sé por qué, quizá porque había escuchado demasiado en las informaciones de los medios de comunicación comentarios sobre las huelgas y las manifestaciones en diversos países por todo el mundo; quizá, además, después de haber estudiado en la página de arte de un periódico un artículo informando sobre la evolución reciente de una comedia teatral antigua que se llama "Lisístrata", ¡del año 411 antes de Cristo!,

escrita por el poeta griego Aristófanes, en la que las mujeres de Atenas negaban cualquier privilegio sexual a sus maridos como un medio para obligar a los hombres a poner fin a la interminable guerra del Peloponneso. De todos modos, soñé que las mujeres laicas de nuestra Orden se retiraron para iniciar una huelga general.

En primer lugar, las mujeres docentes en las escuelas primarias, todas las profesoras en los colegios y universidades dominicanas, abandonaban su apostolado de la educación, seguidas por las innumerables mujeres que ayudan como catequistas y otras formas de colaboración en las parroquias dominicanas y en las oficinas de nuestros conventos. Junto a ellas desaparecieron todas las dominicas que participan en obras de caridad, como visitar a los enfermos en hospitales o en sus casas, alimentar a los pobres y cuidar de las personas sin hogar, inmigrantes y refugiados; las formadas en la asistencia a los drogadictos, en la pastoral de prisiones, y en aconsejar a las personas en situaciones difíciles de su vida. Con profundo pesar, vi a esas mujeres partir, mujeres que nos han ayudado con sus conocimientos lingüísticos como traductoras o han participado en proyectos apostólicos comunes, aquellas que se han mantenido cerca por su compasión activa hacia los frailes - al igual que las mujeres de la Biblia al pie de la cruz -, incluso cuando luchamos con el desafío último de la muerte. Luego, laicas dominicas se unieron a la multitud de mujeres que se marchaban, mujeres que predicaban mediante diferentes formas de expresión artística, que organizan celebraciones litúrgicas y festivales de comunicación, seguidas por las innumerables dominicas que regularmente rezan el Santo Rosario por las intenciones de nuestra misión apostólica dominicana; todas las madres y abuelas que motivan a las generaciones más jóvenes a orar y confiar en la presencia amorosa de Dios en las diversas situaciones de la vida.

Me quedé atónito por este movimiento nocturno de retirada. ¡Qué desierto de vacío en el fértil paisaje dominicano! ¡Qué herida mortal en el cuerpo de nuestra Orden de Predicadores, si todos los miembros Laicos activos se retirasen! Mi sueño empeoró con la terrible idea de que no sólo las Benditas y Santificadas Laicas Dominicanas en nuestros 800 años de historia Dominicana, sino también muchas otras, “fraternizaron” con las huelguistas de nuestra Orden contemporánea. Como una avalancha de protesta celestial solidaria, aquellas mujeres dominicas motivaban a sus famosas y sus anónimas compañeras en la historia de la Iglesia y de los tiempos Bíblicos, que habían sido elegidas por Dios como testigos activos de Su presencia en el mundo.

Antes de que el sueño infernal terminase, me desperté al fin, empapado en sudor. Después de haberme reajustado a la realidad del nuevo día, me sentí aliviado de que todo hubiera sido sólo un mal sueño. ¡Un auténtico escenario de horror, si todas las imágenes femeninas de Dios desde el principio de la creación hasta el momento se hubiesen retirado! ¡La existencia de la raza humana no hubiera continuado, incluyendo el nacimiento de Jesús, "nacido de mujer" (Gál 4,4) como punto crucial de nuestra salvación! Me vinieron a la mente todas las mujeres que se encontraron y acompañaron a Jesús, mencionadas en los cuatro Evangelios, sin olvidar la posición esencial de las mujeres en el primer siglo de la incipiente Iglesia, muchas de ellos mencionadas por su nombre: Prisca, Aphia, Phoebe, Junia, Tryphaena, Persis, Evodia, Tryphosa, Syntyche, entre otras, algunas de ellas no sólo cooperadoras en la evangelización, ¡sino incluso denominadas "diácono" o "apóstol"! Durante el día siguiente, los “agujeros negros” en mi pesadilla se llenaron de nuevo por la vida real de las mujeres laicas dominicas en posiciones apostólicas tan diversas, funcionando así como miembros vitales de nuestra Orden, diferentes en papel, pero de igual valor que nosotros los varones.

Animado por la experiencia de estas variadas y positivas contribuciones de la parte femenina del laicado dominicano, la noche siguiente me estimuló otro, esta vez reconfortante, sueño. En mi visión, los miembros masculinos de nuestras comunidades dominicanas espontáneamente incluyeron también a los miembros femeninos del laicado como compañeras en la predicación cuando se les pidió que describir sus proyectos de misión compartidos en el nivel local y

provincial. Soñaba con las mujeres, profundamente arraigadas en la oración y la meditación, compartiendo más y más la misión apostólica evangelizadora de nuestra Orden y que son requeridas por nosotros, los frailes predicadores, como asistentes en la formación espiritual. Vi en diferentes partes del mundo a nuestras laicas dominicas seguras de sí mismas y en aumento, al igual que - hace mucho tiempo - Santa Zdislava de Lemberk, no sólo dedicadas al cuidado de sus familias, sino también participando en las actividades sociales de su entorno. En mi visión las laicas dominicas aparecían, como en el pasado Santa Catalina de Siena, denunciando valientemente las aberraciones inhumanas en su sociedad; atreviéndose a criticar abiertamente, de una manera constructiva, a las autoridades religiosas cuando se desviaban del camino del Evangelio. En correspondencia con ello, me di cuenta de los superiores aceptando fácilmente ser corregidos por las mujeres. En mi visión nocturna vi a las mujeres del laicado como hijas de la compasión de Santo Domingo, afectadas por la pasión de Dios por su amado mundo; mujeres que arden sin llegar a ser fanáticas, manteniendo la llama de la esperanza como signos visibles de la generosidad de Dios; apóstoles seculares en su voluntad de concebir la gracia de Dios cada día de nuevo y dar a luz en acciones de solidaridad y consuelo. Soñaba con personas sinceras en nuestra Orden y en la Iglesia, no importa si hombre o mujer, que de acuerdo a la intención original del Creador, como imágenes divinas complementarias, representan Su presencia amorosa y compasiva en nuestro mundo en todas las estructuras de la Iglesia y la sociedad.

Al despertar de esta visión nocturna de las mujeres laicas contribuyendo con su verdadera vocación apostólica en la Iglesia de Jesucristo, especialmente en la Orden de Predicadores, adquirí una nueva mirada sobre la pintura de Pascua de Fray Angélico y los recuerdos lejanos de mi primer "viaje del horror" sobre las mujeres en huelga en nuestro tiempo presente y en la historia de la salvación. Por desgracia, la imaginación de las huelgas se alimenta con la impresión aterradora de la protesta, acompañada del ritmo de consignas coreadas, coches ardiendo, escaparates de las tiendas destrozados, nubes de gas lacrimógeno, y personas heridas por militares fuertemente armados. En contraste con estas imágenes de violencia, cuando en las pinturas medievales se describe la resurrección de Cristo como la revolución más importante de la historia del mundo, los guardias de seguridad armados romanos están durmiendo frente al sepulcro vacío. La fuerza oculta de la vida del recién nacido, un regalo especial del Creador a la mujer, en última instancia, es más eficaz que todas las manifestaciones de la fuerza exterior y la potencia de las armas. Más aún: al reflexionar las consecuencias del mensaje pascual y teniendo en cuenta el significado original de "protesta", la palabra recibe un sentido positivo: "pro-testare" en latín es lo que significa "ser el testigo (= testare) para (= pro)" y no en contra de ciertos valores que permiten la vida en plenitud. Las mujeres de la Biblia, como testigos positivos, son enviadas por Cristo resucitado a sus hermanos y hermanas. Se sienten alentadas por él a un verdadero movimiento "Pro Vida", motivando a los demás a convertirse también en predicadores de la Vida. El evangelizadora "protesta" de las mujeres laicas de nuestra Familia Dominicana, no se dirige por tanto contra los miembros masculinos y su servicio efectivo en el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia. No obstante, nosotros los varones, al igual que los primeros apóstoles incrédulos, necesitamos de vez en cuando un motivador "golpe en la costilla" por parte del Espíritu Santo, empleando a nuestros miembros femeninos como instrumentos de evangelización. Su energía Divina es la fuente de la apertura de nuestro refugio masculino tras puertas cerradas, de salir y promover con franqueza los diversos dones de la Gracia de Dios en nuestra Orden. Dentro de ella, nuestras mujeres dominicas, desde el origen pascual de la primera comunidad de predicación femenina, aportan su contribución indispensable.

